

Vense allá en la altura  
De verde coronadas;  
Que escasa tu onda pura,  
Ni aún te basta á llorar tu desventura.

Ni una voz, ni un rumor presta ya al eco  
Tu cauce silencioso:  
En el recinto hueco  
De tu álveo peñascoso,  
Sólo al viento vagar se oye silboso;

Y sin un ave alegre, al tedio ayuda  
De tu hado sombrío  
La tórtola viuda,  
Que en doloroso pío  
El seno atrista del breñal bravío.

Mas ¿quién te emulará, ni así cuitado?  
No Anauco el de las flores,  
Ni Guaire el celebrado:  
¡Qué pompa y qué loores!  
¡Qué cantares tuviste, y qué pastores!

Corpulento samán, ya en gloria eterno,  
Dame nuevas, si tienes,  
De aquel pastor tan tierno  
Por quien tan alto vienes,  
De flores y verdor cintas las sienas (1).

(1) El presbítero D. José Cecilio Ávila, que rescató del hacha de un leñador el famoso samán del Catuche.

Dime si, quebrantando el largo exilio  
Por venturoso caso,  
Al buen pastor Cecilio  
Viste una noche acaso  
A tu sombra mover augusto el paso.

Y, pues amor y vida le mereces,  
¿Cómo por más estrecho,  
Ni un renglon en tí ofreces  
Que pague tu provecho  
Y diga la nobleza de aquel pecho?

Ni ménos plauso y eternal memoria  
Debes, por sus canciones,  
Al que narró tu historia  
En tan acordes sonos,  
Que á oírle se tuvieron las naciones (1);

Aquel Dámis, amante de la Emira,  
Simplecilla pastora,  
Que una vez con su lira  
Tornó blanda y sonora  
La voz de la tormenta bramadora.

¡Ay! tu dulce cantor cayó sin vida:  
Cayó la noble frente  
De lauros mil ceñida;  
Mas del hogar ausente.....

(1) Alúdese á Rafael María Baralt, y á sus deliciosos idilios *El árbol del buen pastor* y *La tempestad*.



Cuanto glorioso fin, tanto doliente.

*¿Turbio catuche, tu camino usado,*

Ya entre zarzas perdido,  
Ni una huella ha guardado  
De tu pastor Bellido,

Tan docto en el cantar como sentido? (1).

¡Oh amor, oh gloria, oh timbre americano!

Rompiendo su barrera,  
Borrará el Oceano  
Cuanto América fuera,

Antes que en ella tu memoria muera.

¿Pero será, Catuche solitario,

Que tu recinto agreste  
Asilo y santuario  
A tanta virtud preste,

Y que tan pocos al ejemplo apreste?

¡Ay, cómo extiende la pasión su fuego!

¡Cuánto furente amago!  
Al amor ¡qué despego!  
Al odio ¡cuánto halago!

¡Cuánto de sangre y lágrimas y estrago! (2).

¡Oh río, oh río! el duelo me quebranta;

(1) El inmortal Andrés Bello tenía predilección por este río, muy cerca del cual nació.

(2) Venezuela ¡á Dios gracias! es hoy muy otra de cuando se escribieron estos versos.

Y á tan honda amargura  
Se anuda en la garganta  
La voz, si humilde, pura,  
Que intentó querellar tu desventura.

Manes de los repúblicos preclaros,  
Mañana, al sol naciente,  
Yo volveré á invocaros  
Con alma reverente,  
Fortaleza á buscar en vuestra fuente.

Vuestra noble virtud, sagrada tea,  
Alumbrará mi vía;  
Y así mi nombre sea,  
Pues que no gloria, un día  
Honra modesta de la patria mía.



LA LUNA Y LA TARDE.

Abandonando celosa  
Las regiones orientales,  
En busca del Sol querido,  
La Luna al Ocaso parte.  
Allá encendieron sus celos  
Los obsequios, los afanes  
Que á una vírgen ¡y cuán bella!  
Prodigó el pérfido amante.

Ella misma de la Aurora  
Sorprendió las tiernas frases;  
Ella misma vió en su frente  
Las perlas y los diamantes;  
Aun encontró en torno suyo  
Las rosas sin marchitarse,  
Y rosas más encendidas  
Animando su semblante.

Hora acá, porque no quede  
Traicion que no lo delate,  
Perfidia que no la humille,  
Ni esperanza que la engañe,

La triste á llegar acierta  
Cuando otra vírgen, la Tarde,  
Del amador licencioso  
Lamenta las veleidades.

Los blondos rizos tendidos,  
Melancólico el semblante,  
Suelos de su veste al viento  
Los pajizos tafetanes,

Sobre la cumbre de un monte  
La halló extasiada en mirarle,  
Cuando él triunfante volaba,  
De su dolor sin cuidarse.

Las quejas que ésta le envía  
Un punto aduermen sus males,  
Que suple al bien la venganza  
En despechados amantes.

Mas pronto advierte esparcidos  
A las plantas de la Tarde,  
Del reciente galanteo  
Los despojos criminales:

Aquí relumbra un topacio,  
Allí un zafiro, acá yace  
Olvidado un cerco de oro,  
Joyas de las sienas reales;  
Y los tapetes de grana  
Salpicados de diamantes,  
Que en su desórden le dicen  
Lo que soportar no sabe.

Pálida como la muerte,  
Mirando vestigios tales,  
Faltarle siente las fuerzas,  
Ansias de morir sobrarle.

Una á otra, frente á frente,  
Contempláronse un instante,  
Cuanto en belleza distintas,



En desventuras iguales;  
Y á lamentar su abandono  
Entrambas fueron, la Tarde  
En el seno de la noche,  
La Luna en el de los mares.

À LA MUERTE.

Dulce consoladora, hija del cielo,  
¡ Con cuánto amor el pensamiento mio  
A tí dirige el fatigoso vuelo,  
Del mundo y de la vida yá en hastío!  
¡ Cuál me halaga pensar en cuándo vengas,  
De tus galas angélicas vestida,  
Y en tus brazos recibas y sostengas  
Esta frente llorosa y abatida!

Tú me debes piedad y amor prolijo:  
Si eres madre del huérfano errabundo,  
Madre del infeliz, yo soy tu hijo;  
Más triste corazón no lo vió el mundo.

Yo no temo de tí, ¡ oh ángel clemente!  
¿ Tú hacer mal al anciano, al justo, al bueno,  
A la vírgen, al párvulo inocente  
A quien arrancas del materno seno?

Ciego pavor, terrena resistencia  
De la tenaz raíz, que asida al suelo  
No quiere fenecer; pero la esencia  
De la trémula flor aspira al cielo.

Vén, abrígame ya bajo tu manto:  
El mundano temor á mí no alcanza;



En tí acaba el dolor, se extingue el llanto:  
Tu verdadero nombre es La Esperanza.

Y en tí sólo esperar mi ánima sabe:  
Porque en tu mano, arcángel favorito,  
Puso Jehová la misteriosa llave  
Del alcázar azul de lo infinito.

Tú me libertarás de tantos males  
Como me asedian en funesta copia,  
Del vicio y la maldad de los mortales,  
De su insana miseria, y de la propia.

De este rebelde polvo impenitente  
Quebrantarás las ansias y pasiones;  
Y á su instinto mi espíritu obediente,  
Ya no hallará ni acechos ni prisiones.

¿Qué me importa su fin? ¿Ni hay fin, acaso,  
A las obras de Dios? Ese tembloroso  
Desteñido celaje del ocaso,  
Es en otro hemisferio oriente hermoso.

Yo seré la verdura de las eras,  
Yo el nido abrigaré del pajarillo,  
Viviré con el lirio en las praderas,  
Daré sombra y sustento al cervatillo;

Y, flor del valle ó junco de los lagos,  
Prestarán regocijo al polvo mio  
De las aguas y brisas los halagos,  
Y servir á la tierra de atavío.

Eso darás á mi mortal despojo,  
¡Oh regeneradora de la vida!  
Y fin á mis tristezas y mi enojo,  
Y á mi alma la patria apetecida.

Y me darás también, en tí confío,

Del tan llorado padre, estrechamente,  
El amoroso pecho unir al mio,  
Y darle paz en la serena frente.

¡Ay! ¿qué será cuando á mis brazos vuelas,  
Muerta luz de mi hogar, muerta alegría,  
Lirio arrancado en flor de mis verjeles,  
Sér de mi sér, amor del alma mia?

¡Ay, cómo están desiertos mis balcones!  
¿A qué se abre la flor y exhala aromas,  
Si el organillo errante alza sus sonos,  
Y tú ni te sonríes ni te asomas?

Hijo, tus manecillas como armiño  
Ya no buscan mi rostro, ni me inunda  
De celeste delicia tu cariño.....

¿Qué soledad es ésta tan profunda?

¡Oh Muerte! por piedad, pues ya no hay llanto  
En este corazon, y no me mata  
Esta intensa agonía, abre tu manto  
Y á los cielos mi espíritu arrebatá.